

Las Masas y sus Líderes

Cuando las Elites se Dividen

LORENZO MEYER

HACE poco menos de un año todos fuimos testigos de un espectáculo cuyo desarrollo parecía enteramente predecible: en la XII Asamblea del PRI un puñado de disidentes propuso la democratización interna del partido autoritario de mayor tradición en el mundo occidental. Sin gran ceremonia, los heterodoxos fueron puestos en su lugar: primero en el ridículo, luego en el ostracismo, para finalmente ser orillados a abandonar el Gran Partido y condenados a vivir en el error, es decir, fuera del presupuesto. En tiempos normales, éste habría sido el fin del episodio, un mero pie de página en la larga historia del Gran Partido. Pero resulta que 1987 no pertenece a los tiempos normales de la política mexicana, ese era el quinto año de la Gran Depresión mexicana.

★

HOY ese pequeño grupo de reformistas encabezado por el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas le ha dado una increíble vuelta a la mesa. Ahora, tras las elecciones del 6 de julio, con varios ases en la mano, el cardenismo ha mostrado a México —y también, de paso, al resto del mundo— que quienes estaban en el error no eran los que fueron orillados a dejar el partido del Estado, sino quienes dentro de éste, esgrimiendo una autoridad hueca, ya sin contenido, negaron cualquier posibilidad de encauzar las energías políticas liberadas por la crisis económica mediante un juego más o menos libre de las precandidaturas a la Presidencia de la República.

Ahora bien, ¿cómo fue que esa minoría diminuta, que se autodenominó la Corriente Democrática y que fracasó en su intento de ganar un espacio dentro del PRI, hoy cuenta con un respaldo social enorme que le permite enfrentarse con gran éxito a la otrora invencible Presidencia mexicana, al punto de poner en entredicho su mismísima capacidad de gobernar? Bueno, una parte de la respuesta se puede formular examinando las experiencias pasadas, en particular aquellas de las relaciones entre líderes y masas cuando la élite gobernante perdió cohesión y se dividió,

desgastada por el ejercicio del poder.

Echando una ojeada a nuestra historia política hay un hecho que salta a la vista: cada vez que ha habido un cambio significativo en el régimen político mexicano, éste ha ido precedido de una ruptura en la élite, es decir, de un conflicto dentro del grupo dominante que terminó en un desgajamiento. Ahora bien, lo anterior no quiere decir que tal división, y sólo esa división, sea la causa del cambio. No, esos cambios históricos han sido resultado de procesos muy complejos, cuyos orígenes son anteriores a la fragmentación del grupo gobernante y, en todo caso, lo ocurrido al interior de ese grupo donde se acumulan los privilegios no es más que uno de los factores del cambio. Sin embargo, se trata de un factor crucial, pues la ruptura de la solidaridad y del acuerdo fundamental en las filas de los gobernantes, ha sido un poderoso catalizador para poner en marcha la acción de otros actores: los grupos subordinados, masivos y populares, que a fin de cuentas son cruciales en el proceso del cambio.

★

A los grandes movimientos políticos y masivos de la Independencia, la Reforma o la Revolución —por sólo mencionar los tres ejemplos más importantes de nuestra historia como nación independiente— les antecedió una ruptura fundamental en el seno del grupo dominante. En cualquiera de los tres casos, las causas del choque entre una minoría del pequeño grupo privilegiado —los abanderados del cambio— y el grueso de sus iguales —los defensores del statu quo—, surgieron de un desacuerdo fundamental sobre cómo afrontar una crisis profunda del sistema de dominación, como fueron, en cada caso, la invasión de España y la captura de su monarca por los franceses, la derrota frente a Estados Unidos y el desastroso caudillismo de Santa Anna, y, finalmente, la sucesión presidencial en la dictadura del anciano general Porfirio Díaz. Junto con el desacuerdo sobre cómo hacer frente a los desafíos propios de cada uno de esos tres momentos, también surgió otro desacuerdo tan importante como el primero: quién debería hacerles frente, es decir, la lucha

Las Masas y sus Líderes

Sigue de la página siete

personal dentro de la élite por el derecho a ejercer el poder supremo en los momentos del cambio.

En cada una de las tres crisis que llevaron a cerrar una etapa histórica de México y a abrir otra, el grupo que puso en duda el arreglo existente en nombre de otro, nuevo y más legítimo, era minoritario y

marginal dentro de la élite del poder. De ahí que para desafiar con éxito a sus poderosos enemigos, los rebeldes siempre tuvieron que llamar en su apoyo a las clases no poderosas, es decir, a las clases medias o al pueblo llano, o a ambos. En realidad, en los tres casos las banderas enarboladas por los descontentos fueron principios generales que suponían el rescate de la dignidad y los intereses del pueblo mexicano en su conjunto, interés y dignidad olvidados por la corrupción de quienes antes y entonces habían ejercido el poder.

Desde esta perspectiva, lo que hoy está ocurriendo

entre nosotros no es, en su esencia, algo enteramente nuevo. Ya en lo pasado, y en varias ocasiones, la disputa entre los poderosos dio origen a una explosión que rompió el círculo de hierro que siempre ha rodeado al poder en México, y por esa ruptura irrumpieron nuevas fuerzas, nuevos actores, cuya presencia no estaba en los supuestos básicos del régimen y que, por ello, puso en entredicho todo el sistema imperante hasta transformarlo.

Pero si no hay nada enteramente nuevo bajo el sol, tampoco la historia se repite exactamente. Hoy, por ejemplo, la ruptura no se ha dado en sólo un pun-

to, sino que es doble. Proviene tanto de la izquierda como de la derecha de la élite del poder. En efecto, tanto Cuauhtémoc Cárdenas como Manuel J. Clouthier y parte del grupo que rodea a ambos, fueron, en su tiempo, partes centrales del sistema de dominación que hoy ponen en duda. Ambos líderes, desde posiciones antagónicas coincidieron en un punto: en su invitación a masas ciudadanas, hasta hace poco pasivas, para que dejaran de ser meros objetos de la política y se convirtieran en actores conscientes de la misma. Invitación que hoy, ante el deterioro de las condiciones generales de vida, resulta muy atractiva, e incluso necesaria.

★

A HORAS, la diferencia más importante entre las rupturas de la élite en el pasado y la actual no es, sin embargo, su carácter doble, sino el hecho de que hoy, por primera vez, se abre la posibilidad de que la presencia en el proceso político del actor social masivo al que el conflicto dentro de la élite abrió las puertas, no desemboque en la violencia. Si todos los involucrados en el proceso se manejan con un mínimo de cordura —y los ciudadanos que han acudido al llamado de los nuevos líderes, se han comportado de manera óptima tanto en las urnas como en la calle— quizá sea posible transitar, con

SIGUE EN LA PAGINA NUEVE

Las Masas y sus Líderes.-

Sigue de la página ocho

... dificultad pero sin hundirnos irremediablemente en el caos, de un régimen autoritario a otra pluralista.

La memoria histórica —el recuerdo de los sufrimientos sin cuento y pérdidas mayúsculas provoca-

das por las luchas civiles del pasado— debe servir como un freno tanto a las pasiones de quienes se han lanzado al asalto de la ciudadela autoritaria como a la inflexibilidad de sus defensores. Hoy no es utópico suponer que es posible superar pacíficamente el autoritarismo y corporativismo del presente para arribar a una situación donde realmente impere un pluralismo real que permita, con el correr del tiempo, la existencia de verdaderos partidos políticos y de elecciones competitivas y razonablemente limpias, donde los acuerdos básicos se hagan a la luz del día, entre los representantes legítimos de los grupos sociales, y no como hoy, en la soledad de palacio, entre

el Presidente y las cúpulas corporativas.

★

EN cuanto a la responsabilidad principal de que un tránsito sea ordenado de un sistema a otro corresponde, sin duda, al gobierno y a quienes lo apoyan. En efecto, el gobierno debe aceptar que lo ocurrido ahora no es un mero revés electoral, sino el principio de un proceso que debe de llevar a un cambio de las reglas fundamentales del juego político. El Presidente, sus colaboradores y quienes les sucedan, deben hoy pensar lo que hasta ayer era impensable: que es necesario estar preparados para, en algún futuro no muy lejano, entregar pacíficamente el poder a quien lo obten-

ga por la vía de votaciones que no pueden volver a quedar teñidas, como las de hoy, por la sombra del fraude. Intentar dar marcha atrás, resistirse al cambio por la vía de la violencia, sería suicida y un error histórico imperdonable.

Por su parte, la oposición, en particular la cardenista, debe, por una parte, no desmovilizarse ni defraudar a sus seguidores abdicando de sus demandas de elecciones limpias y, sobre todo, por reglas más justas del juego político. Sin embargo, no debe llegar a situaciones límite. En cualquier caso, es indis-

Cuando las Elites se Dividen

pensable que el nuevo liderazgo busque canalizar la acción de los actores populares mediante un nuevo partido —hoy por hoy, la acción de las masas cardenistas parece haber re-

basado a los partidos existentes—, pues de lo contrario se corre el peligro de no encauzar de manera eficaz esa creación neta de poder que significa la aparición de un electorado ma-

sivo de izquierda. Sólo con la formación de ese partido de masas a la izquierda del PRI, la ruptura actual de la élite puede desembocar

en una lucha pacífica y de largo plazo que ponga un fin definitivo a la prolongada historia autoritaria de México.